

## **El cielo de Pekín**

Miguel Espigado

Lengua de Trapo, 2011. 190 páginas, 15 euros

RICARDO SENABRE | 11/11/2011 | Edición impresa

Miguel Espigado

De un narrador que presenta sus primeras armas novelescas, como es el caso de Miguel Espigado (Salamanca, 1981), cabe esperar una actitud innovadora, un deseo de apartarse de los moldes más trillados y tantear nuevas fórmulas para el relato. Y eso ocurre, en buena medida, en *El cielo de Pekín*, donde el marco geográfico de Pekín -sin duda agudamente captado en muchos pasajes- sirve para esbozar el perfil de unos cuantos personajes a los que el azar aproxima: Manuel, un joven profesor de español; Daniel, llamado siempre “el marine” por sus antecedentes bélicos; mujeres como Marlene o la traductora Társila Janaina; el artista plástico Li Zheng y la estudiante Yiyang, junto a otros tipos de menor cuantía, deambulan por una megalópolis que prepara las celebraciones conmemorativas del sexagésimo aniversario de la Revolución Cultural, suceso que recibe puntual atención narrativa, de igual modo que ciertos ambientes de la ciudad -como sus calles azotadas por una persistente tormenta de arena- o del viaje a la Mongolia interior, con elementos que parecen extraídos de insólitas pesadillas.

En esta reconstrucción de ambientes -apoyada, sin duda, por visiones y experiencias personales- radican los mayores logros de la novela, donde se atisban ya en buena medida las posibilidades del escritor, capaz de mirar las cosas con una pupila virgen, por así decir, que rehúye acuñaciones prestadas y saca a relucir a menudo una voz propia: “El viento bate las lonas que cubren los edificios en construcción, levantando un oleaje verdozo y vertical” (p. 84). Todo esto forma parte del nutrido haber de méritos que Espigado ostenta.

En el debe, en cambio, el intento de narrar mediante la alternancia de escenas diversas y la yuxtaposición, a veces abrupta, de fragmentos descriptivos, diálogos, vagas evocaciones y hasta discursos que podemos calificar de teóricos acerca de la función social del arte, proporciona al conjunto más desorden que variedad. Una novela puede componerse de muchos modos, pero es siempre -conviene recordarlo- una construcción, un mecanismo con sus engranajes y dependencias internas. Aquí hay demasiados elementos sueltos, informaciones sin función clara en el conjunto que alternan con otras insuficientes u omitidas que acaban por dañar la contextura psicológica de los personajes y erosionar su propia sustancia humana. Así, sorprende por inesperado el terrible encargo que Manuel hace a Daniel -pese a la referencia a los oscuros “demonios” que se mueven “en el interior de la conciencia del profesor” (p. 144)-, así como los motivos exactos de la conducta de éste. Otros personajes, como Marlene, se desvanecen sin más, como si el autor hubiera perdido súbitamente todo interés por ellos. La narración ofrece muchos vaivenes, diferencias notorias entre unos aspectos y otros de la historia, como consecuencia de una construcción desequilibrada. Y el problema es que los fallos constructivos afectan siempre más al conjunto de una novela que

cualesquiera otros, de modo que en *El cielo de Pekín*, que tiene más virtudes que defectos, éstos acaban oscureciendo los abundantes valores que el texto encierra.

De otra naturaleza son algunas elecciones idiomáticas discutibles o poco afortunadas: “la estela vahída de las aeronaves” (p. 132), “un hombre en traje” (p. 17), “chequea su correo” (p. 37), “esa detallística médica” (p. 88), “recaer en” por ‘reparar en’ (pp. 175, 184). O inaceptables por completo, sin más: “se autoinmolaron dentro de un coche” (p. 45); “tu chico ha decidido autoinmolarse”. (p. 186); “un muchacho [...] justo detrás suyo, que la observaba” (p. 175)